

Réquiem por Arturo Alcayaga Vicuña

Por eso vestíame hoy de músico,/ choraría con su alma que quedöse mirando a mí/ materia... Más ya nunca veréle afeitándose al pie de su mañana;/ ya nunca, ya jamás, ya para qué!/ qué jamás de jamases su jamás!/
César Vallejo

Si entre meses, durante lunas ya todavía Alcayaga para siempre en el adiós de los adioses. ¿Quién nos pintará otra vez “la muerte de un todavía”? ¿Quién con ese jockey peculiar y zapatos de taco alto andará reluciendo su “sonrisa-pasaporte” por las calles de nuestras penas y alegrías? ¿Es que acaso él no las tenía?

Quién “entredios” profetizara su sino en alta voz de juglar imprevido y de poco fiar según los muchos ignaros de provincia y algo o bastante loco, según decían ¿loco?, loco “el caballero descalcificado” iba por las calles mencionando las hembras tutelares de la tarde incierta. (Bajo el diluvio eterno la soledad del poeta, adusta, indómita, desquiciada) Quien muchísimo después de inaugurar “las ferreterías en el cielo” se rió con nosotros y de nosotros en la misma pieza de una antigua librería y salió a la calle con cara de fácil saludo, asequible a las multitudes dispuesto a romper la fatal tristeza del olvido.

El que había expuesto sus pinturas en las grandes capitales de Europa, Londres, París, Madrid, él que era médico y no ejercía nada más que como médico del alma, sin ser de ningún modo psiquiatra, sino poeta y nada más que poeta el hombrecito bajo que era él, solía encontrarse conmigo (como una cosmogonía individual—, en las aceras imprevisas y en las plazas o a veces casualmente le divisaba detenido de pie muy elegante con pantalones blancos y pañuelo al cuello. El show-man pretérito que imitara a Maurice Chevalier antaño con gracia singular. ¿A qué edad? Edad ¡oh edad! Pero él no la tenía, era siempre el mismo recitando en los albores de la tarde su “Entredios” que a veces explicado por el mismo era intencionalmente distinto ¿o era igual? a los signos escritos en el libro.

“Ya casi al final de los grandes inviernos que levanto resignado/ a través de la grisalba/ que representa los últimos linajes del azul/ y las vanguardias de la muerte,/ o cuando al prevalecer en siempre/ un fin auroral impactara la ultralancia del luto/ sobre los adioses terrestres/ y el viento y la lluvia/ todavía golpearan las ventanas y las puertas/ hasta ocupar las habitaciones solitarias, con su fuego y con su lluvia/ y así desestimaran los futuros con sus nadies/ apoyando el infinito exangüe de

aquellas altitudes del aún/ potestad de horizontes en su recientemente derramado,/ pacificación de auroras que comenzaron los inviernos/ listando caminos Entredios, la infinitud”/.

El iba y venía transido con su delirio alegre, desbocado (nunca le vi triste), como creyendo tanto y “tantamente” en sí mismo, en su poesía, en el ajo que masticaba y a veces exhalaba, porque según él era muy bueno para la salud y fortificaba la virilidad cuando hacía tiempo ya había pasado de los setenta años. Creo que este afrodisiaco casero por decirlo de algún modo, lo masticó desde siempre y siempre aferrado sin vergüenza a las alabas del Eros ferviente, enardecido en alta voz con las hembras eternas (“esas ninfas que el quería perpetuar”) y eternamente con dichos tan suyos que hacían recordar a Rabelais sacándome la tristeza de la piel con alguno de esos jeringazos verbales, mitad burla egocéntrica, mitad poesía parlante surrealista tan alucinante como Dalí pero con soles internos riendo y trotando por el interior de la librería “El Pensamiento”, diciéndonos a todos que estaba sano, después de botar dos pequeños bastones (porque esa última vez le ví con bastones) sonriendo con su “sonrisa-pasaporte” y repitiendo.

—“Estoy sano, estoy bien lo que pasa es que en este país a uno todos lo quieren ver enfermo y mal” (empleaba un tono altisonante y palabras de calibre algo grueso para expresar esta idea):

—“Los bastones los usó para engañar a la gente que al verme así se siente feliz”.

Preocupado finalmente de la publicación de su último libro titulado “El apagalucero del jamás” marchóse al extranjero (cosa que hacía de tiempo en tiempo). Después la vuelta a la patria con una enfermedad grave.

Debo decir que hasta ahí le seguí la pista de hombre vivo, pues falleció un poco tiempo. Nunca pude imaginármelo enfermo ni quiero imaginármelo muerto, aunque no lo veré ya más al pasar en mis tardes de “transeúnte pálido” por donde estaba antes el cine Rivoli, ni en la cofradía de las plazas de la vida.

Alineados, muy guardados y de pie quedaron sus libros, como centinelas callados, a la espera. Algunos cuidadosamente empastados, otros hechos en duro metal, para perdurar en el tiempo, aunque no creo que necesiten de este último requisito las obras de este poeta sólo, distinto y único.

Carlos León